

JE SAIS!

(Sobre el doctor Rafael Núñez)

Señor director de *La Crónica*.

El doctor Rafael Núñez, para mí, es más que un talento superior, porque advierto en él algunos de los atributos del genio.

Llámase así al hombre que concibe, más por intuición que por razonamiento, un ideal oculto a los contemporáneos y que interesa a la humanidad o al menos a una nación entera; ve intelectualmente y de una ojeada los medios, y los emplea con inapelable energía hasta llegar a un éxito completo y perdurable. Tales fueron Esquilo y Dante, Colón y Bolívar, Newton y Pasteur.

No pretendo igualar ni comparar siquiera al doctor Núñez con aquellos gigantes, orgullo del género humano; pero la magnitud de los seres no los hace mudar de especie: la mole del Panteón y el diminuto templo de Vesta son entrambos preciadas joyas de la arquitectura romana.

Cuando Núñez apareció en escena, el país era presa de dolorosa inquietud y todos anhelaban reforma. Los partidos liberales, en general, la hacían consistir en mudanzas legislativas; muchos conservadores, en la vuelta pura y simple a la Confederación Granadina, y cada fracción quería realizar el cambio con exclusión de todas las demás.

Núñez comprendió que era preciso reedificar la República desde los cimientos, sobre un plano original, aprovechando todas las fuerzas nacionales, haciendo que los idólatras de la libertad colaborasen al prestigio de la autoridad; los defensores de la autoridad, al rei-

nado de las libertades legítimas; los librepensadores, al reconocimiento de los derechos de la Iglesia.

Las multitudes, encabezadas por jefes de gran mérito, tanto civiles como militares, se embarcaron en la nave del doctor Núñez con aquella fe que inspiran los conductores egregios, pero ignorando el puerto de arribo; y al tocar tierra, casi todos quedaron sorprendidos ante la ciudad que se ofrecía a sus miradas. Cuentan que el día en que se firmó la Constitución de 1886, uno de los signatarios liberales le dijo en tono de broma a un colega conservador:

—Sospecho que hemos fundado una monarquía.

—Desgraciadamente electiva, le contestó el otro, sonriendo.

Mientras se discutió la carta fundamental, Núñez estuvo ausente, y le dejó a un ilustre liberal, amigo suyo, el honor de sancionarla.

Preparó de antemano su empresa en sus profundos y avasalladores escritos; la acometió y llevó a término en el espacio de dos años. Fue escéptico teórico en la mocedad; pocos hombres más seguros de sus ideas en la edad madura, con voluntad más potente para reducirlas a la práctica. *Que sais-je* se tituló la más conocida de sus poesías juveniles: el libro *La reforma política en Colombia* podría llevar por mote: *Je sais!*

Ha habido en América española estadistas que han instituido a su país de manera estable, pero conforme a las ideas y anhelos claramente conocidos de la Nación. Ese es el talento que organiza, no el genio que descubre. Otros han creado regímenes de su invención que se han derrumbado con la muerte o la caída de sus autores. Allí faltó la perpetuidad, una de las marcas del genio.

A su muerte, el doctor Núñez quizá pensaba como Bolívar, que había «arado en el mar,» o, conforme a

una frase que le atribuyen, que «la Regeneración se había podrido en cierne.» Un cuarto de siglo después, se está acercando ella a la madurez perfecta, merced a los esfuerzos cariñosos de sus amigos, al acre descontento de muchos copartidarios, a la oposición implacable, en tres ocasiones bélica y cruenta de los adversarios.

Hoy, la mayor parte de los ideales consignados por Núñez en sus inmortales escritos son halagadora realidad: el reconocimiento de la Constitución nacional por todos los partidos, la amplia participación de ellos en los poderes públicos, diez y ocho años de inalterada paz, libertades tan extensas y reales como en ninguna otra nación, progreso intelectual y material que salta a la vista.

En el aspecto religioso, la conducta del doctor Núñez con la Iglesia católica en Colombia ofrece analogías con la del Emperador Constantino para con la Iglesia universal, guardadas las proporciones debidas. El grande acto del César romano fue el edicto de Milán. En él no se reemplazaba al paganismo con el cristianismo como religión oficial; su importancia no estuvo en la libertad otorgada a los cristianos de practicar su religión, sino en el reconocimiento de que la Iglesia católica es una sociedad completa en sí, no dependiente de los poderes civiles.

Constantino distó mucho de ser santo, y su imagen no se venera en los altares, pero su estatua ecuestre de tamaño heróico se alza en el vestibulo de la Basílica de San Pedro.

R. M. CARRASQUILLA

